

El cuerpo y el espacio más allá del esquema motriz en la filosofía de Merleau-Ponty

Esteban A. García

Universidad de Buenos Aires

Consejo Nac. de Investigaciones Científicas y Técnicas

Resumen - Presentación del tema

Este trabajo se propone, en primer lugar, presentar sucintamente la filosofía del cuerpo vivido de Merleau-Ponty en sus contrastes respecto de la concepción filosófica dualista predominante en la tradición moderna. Según la *Fenomenología de la Percepción*, nos vivimos corporalmente -y correlativamente percibimos el mundo- de acuerdo a un esquema de posibilidades de comportamiento configurado mediante la sedimentación de habitualidades. Sin embargo, esta definición del cuerpo como “esquema motriz” no agota la experiencia corporal tal como es vivida, según el mismo filósofo permite atisbar al referirse a comportamientos no teleológicos ni competentes, correlativos de espacialidades inhabituales, no objetivas y no estructuradas pragmáticamente, tales como el espacio erótico, onírico, estético o lúdico.

Desarrollo

En el siglo XVII, Descartes sentó las bases de la filosofía moderna con su célebre “pienso, existo”. De acuerdo a este postulado, yo soy una mente que piensa, y “yo no soy de ningún modo este ajuste de miembros al que denominan cuerpo humano” (*Meditaciones Metafísicas* II). El alma ya no es, como para Aristóteles, el principio del movimiento de los cuerpos vivientes sino esencialmente una mente que calcula, y los cuerpos vivientes no necesitan de un alma para moverse: de hecho los animales son cuerpos que se mueven sin alma, autómatas, porque tienen como toda máquina automática su principio de movimiento como un “motor” (el corazón) dentro de sí mismos. También la mayoría de los movimientos de nuestro cuerpo pretendieron ser explicados de acuerdo a este modelo mecánico, como partes (anatomía) que se transmiten causalmente el movimiento (fisiología mecanicista) al interior del cuerpo, continuándose desde el mundo físico exterior hacia el interior del cuerpo por los órganos de los sentidos y desde el interior del cuerpo hacia el exterior por los músculos. El cuerpo viviente es una pequeña máquina engranada al interior de la gran máquina del mundo físico, y la vida puede reducirse a un marco físico-matemático. Sólo en ocasiones se da el caso para Descartes, de que un alma inextensa “toca” misteriosamente un cuerpo, particularmente en una parte de su cerebro, y produce movimientos voluntarios y libres, que no se explican por la mera transmisión mecánica del movimiento de las partes.

Solidariamente a esta identificación del sujeto con un pensamiento incorporal y la correlativa reducción del cuerpo a una mera cosa que puede ser estudiada exteriormente, objetivamente, como un objeto físico, se dará en la modernidad un desarrollo inédito de los saberes objetivos del cuerpo, de la ciencia anatómo-fisiológica y de las técnicas de la medicina moderna. Aún hoy entendemos que la pregunta acerca de qué es el cuerpo debe ser respondida propiamente por las ciencias objetivas del cuerpo, por un científico, un fisiólogo o un médico cuya técnica se apoya en tales ciencias. El cuerpo considerado *en sí mismo* es este objeto, visto y descrito desde el exterior, medido, reducido a leyes y constantes. Del otro lado de la valla cartesiana, es decir, de mi lado como sujeto pensante que soy, el cuerpo *para mí* es una percepción del cuerpo, una imagen del cuerpo, un cuerpo representado. Ahora bien, entre el cuerpo como esa cosa en el mundo y el cuerpo como imagen, percepción o representación del cuerpo que hay en mí como mente, psiquismo o como pensamiento, nos parece que algo del cuerpo se nos escapa: mi cuerpo tal como es vivido en primera persona soy yo mismo, si bien en esta, mi experiencia corporal, yo no soy absolutamente transparente y libre, no estoy en control como el yo pensante cartesiano. En mi experiencia tal como la vivo el cuerpo no es un objeto exterior a mí, ni siquiera un objeto que me pertenece o que poseo por naturaleza, es decir, que no es meramente "mi" cuerpo, no es un "cuerpo propio", sino que habría que decir más bien que mi existencia es esencialmente corporal, lo cual significa también que este cuerpo que yo soy no es meramente una cosa sino ya una conciencia que sabe de sí misma y del mundo, aún si no se posee y lo posee, es decir, aún si este conocimiento y autoconocimiento corporal no es explícito, claro y distinto como en el modelo cartesiano del conocimiento.

De esta percatación del lugar ambiguo que abre el cuerpo entre el yo, los otros y el mundo surge en buena medida la filosofía que desarrolló Merleau-Ponty a mediados del siglo XX. La propuesta de su obra principal, la *Fenomenología de la Percepción* puede resumirse en estas palabras del Prólogo: "Será preciso despertar la experiencia del mundo tal como se nos aparece en cuanto somos-del-mundo por nuestro cuerpo, [...] tomar así nuevo contacto con el cuerpo y con el mundo".¹⁰² Necesitamos "aprender de nuevo a sentir nuestro cuerpo, reencontrar bajo el saber objetivo y distante del cuerpo ese otro saber que del mismo tenemos, porque está siempre con nosotros y porque somos cuerpo".¹⁰³

No se trata para Merleau-Ponty de negar el valor y la fecundidad del dualismo cartesiano del yo pensante y el cuerpo mecánico. Existen situaciones, como en la enfermedad, en las que el cuerpo parece seguir sus mecanismos autónomos e interponer sus poderes extraños entre nosotros y las cosas, como una cosa más

102 Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, tr. J. Cabanes, Barcelona, Planeta, 1994, p. 172.

103 *Ibid.*, p. 173.

(como observa previamente en su obra *La Estructura del Comportamiento*). Los útiles y las máquinas, por otra parte, surgieron en la historia humana como extensiones, potenciadores, encauzadores, sustitutos o amplificadores de las posibilidades sensoriales y motrices de nuestro cuerpo y aún son vividas por nosotros en muchos casos de ese modo, como prótesis o apéndices- por lo que no le son absolutamente ajenos y en este sentido, como dice G. Canguilhem, explicar al cuerpo por la máquina es explicar al cuerpo por el cuerpo.¹⁰⁴ Sólo que las máquinas replican ciertos modos determinados de moverse de los cuerpos vivientes, y por eso no pueden erigirse en modelos que agoten la definición de lo que un cuerpo es, o lo que un cuerpo puede. Afirma Merleau-Ponty: "No se trata de negar o limitar la ciencia, sino se trata de saber si ella tiene el derecho de negar o excluir como ilusorias todas las búsquedas que no proceden por medidas, comparaciones y que no concluyen en leyes como las de la física clásica, encadenando tales consecuencias a tales condiciones. ... Es la ciencia misma la que en sus desarrollos más recientes nos obliga a plantear la cuestión".¹⁰⁵

Ahora bien, según Merleau-Ponty yo me vivo corporalmente no como ese conjunto de partes y funciones que describe la ciencia, ni siquiera tal como puedo ser visto por un tercero, sino que usualmente me vivo corporalmente en cierta situación práctica, dispuesto a ciertas acciones posibles que organizan a la vez tanto mi propiocepción como, correlativamente, la percepción del mundo. Un brazo no consta en mi experiencia como una parte del mundo objetivo, ni del mundo visible, ni tampoco como una representación o imagen, sino como una posibilidad concretamente vivida de realizar tales o cuales movimientos en tal situación pragmática que me es propuesta por el entorno. Las posibilidades de comportamiento que sentimos -en las que consiste nuestra propiocepción y la correlativa percepción del mundo- dependen a su vez principalmente, según Merleau-Ponty, de cómo aprendimos a movernos usualmente, es decir, de habitualidades adquiridas. En este sentido el filósofo alude a las descripciones de Proust del entresueño, la desorientación propia del momento del despertar y el modo en que una memoria del cuerpo esboza distintos espacios: "Cuando yo me despertaba así, con el espíritu en conmoción, para averiguar, sin llegar a lograrlo, en dónde estaba, todo giraba en torno de mí, en la obscuridad: las cosas, los países, los años. Mi cuerpo, demasiado torpe para moverse, intentaba, según fuera la forma de su cansancio determinar la posición de sus miembros para de ahí inducir la dirección de la pared y el sitio de

104 Georges Canguilhem, "Machine and Organism", en J. Crary-S. Kwinter (eds.), *Incorporations*, New York, Zone, 1992, pp. 45-69.

105 M. Merleau-Ponty, *El mundo de la percepción. Siete conferencias*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 13.

cada mueble, para reconstruir y dar nombre a la morada que le abrigaba. Su memoria de los costados, de las rodillas, de los hombros, le ofrecía sucesivamente las imágenes de las varias alcobas en que durmiera, mientras que a su alrededor, las paredes, invisibles, cambiando de sitio, según la forma de la habitación imaginada, giraban en las tinieblas. Y antes de que mi pensamiento, que vacilaba en el umbral de los tiempos y de las formas, hubiese identificado, enlazado las diversas circunstancias que se le ofrecían, el lugar de que se trataba, el otro, mi cuerpo, se iba acordando para cada sitio de cómo era la cama, de dónde estaban las puertas, de adónde daban las ventanas, de si había un pasillo [...]. Luego, renacía el recuerdo de otra postura; la pared huía hacia otro lado: estaba en el campo”.¹⁰⁶

Este párrafo de Proust describe el surgimiento de entornos habitables o habitados por el autor en el pasado como siendo contemporáneo del despertar en el cuerpo de distintas posturas y posibilidades motrices, y sugiere que este saber implícito contenido en el cuerpo antes de todo pensamiento explícito –Merleau-Ponty habla de una conciencia y un "saber que está en las manos y los pies"– es una especie de memoria corporal: la memoria de sus costillas, sus hombros, etc.

Ahora bien, estos hábitos comportamentales o motrices sedimentados en el cuerpo que para Merleau-Ponty articulan nuestra propio- y extero-cepción actual no se ajustan a la definición de los reflejos de los que habla la fisiología clásica, puesto que manifiestan cierta plasticidad: aprender a caminar, a utilizar útiles, a tocar un instrumento musical, a escribir, a andar en bicicleta es aprender un “estilo de movimiento” trasponible a instrumentos y contextos muy diversos, más que conectar una serie de respuestas estereotipadas a ciertos estímulos específicos. Sin embargo, esta plasticidad no se debe a una intervención intelectual, sino que es un tipo de inteligencia, de saber o de comprensión propias del cuerpo mismo. Para mostrar este punto Merleau-Ponty se refiere al aprendizaje de una danza: “adquirir el hábito [término que tiene aquí el sentido de habilidad, destreza, competencia], ¿no es hallar por análisis la fórmula del movimiento y recomponerlo, guiándose por ese trazado ideal...?” Por el contrario, responde, “para que la fórmula del baile nuevo integre a sí algunos elementos de la motricidad general se requiere, primeramente, que haya recibido una consagración motriz. Es el cuerpo el que atrapa [o capta] y comprende el movimiento. La adquisición de la habilidad es la captación de una significación, pero la captación motriz de una significación motriz” ...”Se trata de un saber que está en las manos” y los pies: “es el cuerpo el que comprende en la adquisición de una habitud”.¹⁰⁷

106 Citado por M. Merleau-Ponty, *Fenomenología de la Percepción*, ibid., p. 198.

107 M. Merleau-Ponty, op. cit., pp. 160 ss.

En su *Fenomenología de la Percepción* Merleau-Ponty enfatiza al describir la experiencia corporal estas posibilidades de acción adquiridas que nos permiten percibir un mundo de objetos, para oponerse a las teorías intelectualistas típicas de la modernidad que, deudoras de la definición espiritual del sujeto, sostuvieron que nuestra experiencia del mundo adquiere su sentido a partir del lenguaje o del pensamiento, de palabras o conceptos. Sin embargo, el cuerpo vivido no es solamente este “esquema corporal”, el repertorio de los hábitos de movimiento adquiridos que nos permite habitar pragmáticamente un mundo de objetos: el cuerpo tal como es vivido no es solamente este cuerpo competente, diestro y habilidoso que se mueve funcionalmente en un mundo de objetos que maneja, en un espacio práctico. Merleau-Ponty se referirá en este sentido al cuerpo que se mueve sin finalidad, sin asidero y sin rumbo, un cuerpo desestructurado, inmerso, desmembrado o disuelto por ejemplo en el espacio de la noche, en el espacio del sueño o en el espacio erótico con otros cuerpos. En este otro contexto, Merleau-Ponty alude en su *Fenomenología de la Percepción* una vez más a la danza, pero en un sentido muy diferente a su anterior referencia: “la percepción estética abre, a su vez, una nueva espacialidad; ... el cuadro como obra de arte no está en el espacio en que habita como cosa física y como tela coloreada; ... la danza se desarrolla en un espacio sin objetivos y direcciones, que es una suspensión de nuestra historia, que el sujeto y su mundo en la danza no se oponen ya, no se separan ya, el uno del otro, que en consecuencia, las partes del cuerpo no se acentúan ya como en la experiencia natural: el tronco no es ya el fondo del que se elevan los movimientos y en que se hunden una vez acabados; es él el que dirige la danza y los movimientos de los miembros están a su servicio”.¹⁰⁸

La descripción merleau-pontyana de la espacialidad de la danza confluye en buena medida con la descripción que realiza de la espacialidad nocturna: “Cuando, por ejemplo, el mundo de los objetos claros y articulados se encuentra abolido, nuestro ser perceptivo dibuja una espacialidad sin cosas. Es lo que ocurre de noche. La noche no es un objeto delante de mí, me envuelve, penetra por todos mis sentidos, sofoca mis recuerdos, borra casi mi identidad personal. ... La noche no tiene perfiles, me toca ella misma... es una pura profundidad sin planos, sin superficies, sin distancia de ella a mí”.¹⁰⁹ Este desasimiento, pérdida de sustento (de gravedad) y de dirección, se exagera, continúa Merleau-Ponty, en el sueño.

Es notable también la similitud de la recensión de estas espacialidades nocturna, estética y onírica con la descripción merleau-pontyana de otra situación, esta vez, erótica, cuando “por primera vez deja el cuerpo de acoplarse al mundo, se abraza a otro cuerpo, aplicándose meticulosamente a él con toda su extensión,

108 M. Merleau-Ponty, op. cit., p. 302.

109 Ibid., p. 298.

... perdido fuera del mundo y de la finalidad, fascinado por el quehacer único de flotar en el ser con otra vida y tornarse el fuera de su dentro y el dentro de su fuera”.¹¹⁰ Resulta sugestivo, por último, asociar este tipo de experiencias corporales con la espacialidad lúdica que describe Roger Caillois al referirse a los “juegos de vértigo” o “ilinx”: juegos que ya no se explican como preparación o anticipación del trabajo adulto, tales como hamacarse, girar hasta marearse, bambolearse, etc., y que se prolongan en la vida adulta de modos diversos, en ciertas danzas, rituales, deportes de velocidad y de riesgo, la embriaguez o la intoxicación química.¹¹¹

Ejes de discusión abiertos

Estas observaciones permiten abrir a la discusión diversas cuestiones, entre las que podemos mencionar las siguientes. En primer lugar, al referirse a la adquisición de habitualidades que configuran nuestro esquema corporal Merleau-Ponty alude especialmente como ejemplos a competencias relativas al uso de instrumentos, vehículos, vestimentas, etc. Sin embargo, es posible preguntarse qué otras habitualidades de comportamiento ya no relativas al manejo o al uso son también constituyentes básicas de nuestro esquema corporal, configurando así nuestra propiocepción y la percepción del espacio. En segundo lugar, podemos preguntarnos qué otros tipos de comportamiento, además de los mentados por el filósofo, escapan a la definición restrictiva del cuerpo como un esquema motriz, definición que lo supone por principio hábil, competente y abocado a comportamientos pragmáticos y utilitarios. En tercer lugar, es posible preguntarse por qué en los análisis merleau-pontyanos -y más ampliamente, en general- ciertas dimensiones de la experiencia corporal como la estética y la erótica aparecen a la vez como ejemplos de máxima estructuración y habitualidad, y oportunidades de desestructuración, como extremadamente pautados y reglados socialmente a la vez que como instancias de fuga.

110 M. Merleau-Ponty, *Lo visible y lo invisible. Seguido de notas de trabajo*, tr. J. Escudé, Barcelona, Seix Barral, 1970, p. 179.

111 Roger Caillois, *Teoría de los juegos*, Barcelona, Seix Barral, 1958, pp. 42 ss.